

La fe de Moisés (11:23-29)

La fe que se aparta del mundo y escoge a Cristo. v. 24-26

Introducción:

En el estudio anterior aprendimos que la fe perseverante se caracteriza por tener en poco los placeres, las glorias y los honores de este mundo. Aprendimos que una persona de fe es aquella que habiendo visto al Dios de la gloria considera cualquier otra gloria como algo insignificante con el fin de ganar la gloria del Soberano Creador.

Ahora, antes de proseguir con el estudio de la fe que se aparta del mundo y que escoge a Cristo, es necesario aclarar que el autor sagrado no está promoviendo el ascetismo o el que los cristianos debamos vivir en absoluta pobreza, como si esta fuera un medio de redención, o que debamos recluarnos en un monasterio, lo cual es una perversión del verdadero evangelio.

Como dijimos, cuando estudiábamos el ejemplo de fe de Abraham, Dios no nos pide a todos los creyentes que salgamos de nuestros países, que construyamos un arca o que sacrifiquemos en holocausto a nuestros hijos.

Tampoco a todos se nos pide salir de los palacios, o renunciar a nuestro derecho de tener un padre o una madre; no, pero el principio que sienta el autor sagrado es que la verdadera fe se caracteriza por ser sobrenatural, es distinta de cualquier clase de fe que pueda expresar una persona natural, pues, la fe de los escogidos de Dios renuncia a todo lo que sea necesario renunciar con el fin de ganar a Cristo, con el fin de abrazarlo a él.

El principio que nuestro autor sienta en el capítulo 11 de Hebreos es que “cada persona que se convierte a Cristo está obligado a renunciar al mundo: no físicamente, sino moralmente..., el pecador debe desechar los ídolos del mundo y los vanos placeres. Debe cesar de caminar en sus malos caminos, y debe poner sus afectos en las cosas de arriba”¹.

El acto de Moisés de abandonar los deleites temporales del pecado; representados por el palacio, los lujos, las glorias y los honores de la casa del Faraón; es un ejemplo de la actitud

¹ Pink, Arthur. An Exposition of Hebrews. Extraído de:

http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews_072.htm En: Septiembre 27 de 2011

que debe caracterizar a todo aquel que ha nacido de nuevo, pues, ya no podemos encontrar deleite en las cosas de este mundo que están en oposición al reino de Cristo: “*¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios*” (Stg. 4:4).

El ejemplo de Moisés nos muestra que el camino de la fe no puede ser transitado por aquellos que no han sido visitados por el Dios de la gloria y no han recibido un toque sobrenatural de la gracia, pues, este camino es estrecho, angosto, y requiere muchas renunciaciones.

Nadie que no haya sido llamado sobrenaturalmente por el Espíritu de Dios podrá transitar la senda de la verdadera fe. Muchos podrán engañarse a sí mismos y pensarán que son personas de fe porque acuden a Dios esperando un milagro, o prosperidad u otra bendición terrena, pero esta no es la fe de la cual habla la Biblia, esta clase de fe puede ser manifestada por cualquier persona en el mundo. Hasta los idólatras y los paganos pueden creer que Dios tiene el potencial de hacerles un milagro de sanidad física; pero la clase y la calidad de la fe que proviene del cielo solo es expresada exclusivamente por los que verdaderamente han nacido de nuevo.

El camino de la fe, que es el camino al cielo, es estrecho frente a las inclinaciones de nuestra carne y nuestros deseos pecaminosos; como dijo Cristo: “*porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hayan*” (Mt. 7:14). Aquel que quiere andar a sus anchas en la laxitud moral no puede transitar el camino de la verdadera fe; por eso Jesús, quien no aprueba los modernos métodos de evangelismo en los cuales se ofrece un evangelio tan fácil y amplio, advirtió que antes de venir a él es necesario calcular el costo de semejante decisión.

Aunque la salvación es solo por gracia y no necesitamos hacer obra alguna para obtener nuestra justificación delante de Dios, el camino de los justos o la senda de los redimidos es muy estrecha frente a los deseos mundanos. De manera que Jesús constantemente les estaba advirtiendo a los que querían seguirle que sopesaran y calcularan bien todo lo que para ellos iba a significar la decisión que querían tomar, pues, el costo de andar la senda de la fe es muy alto para los que aman al mundo: “*Grandes multitudes iban con él; y volviéndose*

les dijo: Si alguno viene a mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos, y hermanas, y aún también su propia vida, no puede ser mi discípulo. Y el que no lleva su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. Porque ¿Quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo que necesita para acabarla? No sea que después que haya puesto cimiento, y no pueda acabarla, todos los que lo vean comiencen a hacer burla de él, diciendo: Este hombre comenzó a edificar, y no pudo acabar. ¿O que rey, al marchar a la guerra contra otro rey, no se sienta primero y considera si puede hacer frente con diez mil al que viene contra él con veinte mil? Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo” (Lc. 14:25-33).

El costo del camino de la fe perseverante es alto porque implica cortarnos la mano derecha y sacarnos el ojo derecho: “*Por tanto, si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno. Y si tu mano derecha te es ocasión de caer, córtala, y échala de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno* (Mt. 5:29-30).

O abandonamos las glorias y placeres de Egipto, o seremos condenados en el infierno. No hay otra alternativa. O somos enemigos del sistema mundano de pecado y amigos de Dios, o somos amigos del mundo pero enemigos de Dios, no hay una opción intermedia.

Al ver el estado de la cristiandad en la actualidad puedo percibir que realmente pocos son los que tienen la fe salvadora que proviene del cielo. Muchos tienen la fe de la nueva era, es decir, la fe positivista que confía en Dios para que este mundo sea cada día mejor; otros tienen la fe milagrera, y esperan actos portentosos de Dios para sanar enfermos y hacer milagros; otros tienen la fe del humanista basada en una decisión personal; pero pocos tienen la verdadera fe que se niega a sí mismo, que camina la senda estrecha, que se corta la mano derecha del pecado y expulsa de su cuerpo el ojo derecho de impiedad, y que se aborrece a sí mismo a causa de sus inclinaciones pecaminosas.

El camino de la verdadera fe salvadora es tan estrecho que Pedro exclamó: “*Si el justo con dificultad se salva, ¿en dónde aparecerá el impío y el pecador*” (1 Ped. 4:18). Pero no

caigamos en la desesperación, pues, *“para los hombres esto es imposible; mas para Dios todo es posible”* (Mt. 19:26).

“¿No es evidente que sin lugar a dudas la mayor distancia que separa al cielo de la tierra es lo que nosotros llamamos la conversión? Una conversión genuina es una experiencia radical y revolucionaria. Es mucho más que recitar verbalmente un credo, creer lo que la Biblia dice de Cristo o participar de una reunión religiosa. Es algo que golpea las raíces mismas del ser del hombre, es algo que le lleva a hacer una entrega sin reservas de sí mismo y de sus derechos a Dios, a partir de ese momento tratando de complacer y glorificar a la Majestad Divina. Esto implica necesariamente una ruptura completa con el mundo y con la antigua manera vivir, es decir, *“si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”* (2 Cor. 5:17)”².

“Escogiendo antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado, teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón” v.25-26.

Moisés pudo abandonar las glorias de Egipto porque él, por la fe, estaba mirando a Cristo. Ahora, es bien sabido que en el Antiguo Testamento los creyentes no podían ver a Jesucristo de la clara manera como nosotros lo vemos a través de las páginas del Nuevo Testamento. Pero así como los profetas hablaron de Cristo en tiempos antiguos, también entendemos que ellos lo pudieron ver a través de muchos tipos, símbolos y figuras.

Cuando Moisés decide identificarse con el pueblo escogido, también lo está haciendo con aquel que había sido escogido por Dios para sufrir el oprobio del pueblo y ser el redentor, es decir, Jesucristo. El término Cristo o Mesías significa literalmente “el ungido”. Jesús fue el ungido de Dios, pero también lo fue el pueblo escogido por gracia. De manera que Moisés, cuando se identifica con el vituperio del pueblo escogido, también lo hace con el vituperio de Jesucristo, quien, de la misma manera que Moisés abandonó las glorias de su casa (glorias santas y libres de todo pecado) con el fin de unirse al sufrimiento de su pueblo, salvándolo de la esclavitud del pecado: *“Porque ya conocéis la gracia de nuestro*

² Pink, Arthur. An Exposition of Hebrews. Extraído de:

http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews_072.htm En: Septiembre 27 de 2011

Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos” (2 Cor. 8:9).

El ejemplo de Moisés nos enseña que la fe perseverante siempre será retada a escoger entre Cristo o las riquezas de los egipcios. Somos llamados a elegir entre la vida y la muerte - “*Yo he puesto delante de ti hoy la vida y el bien, la muerte y el mal*” (Deut. 30:15) -, entre el pecado y la santidad, entre el mundo y Cristo, entre la comunión con los hijos de Dios y la amistad con los hijos del diablo.

La fe perseverante se fundamenta en lo que ha oído de Cristo, pues, “*la fe es por el oír, y el oír por la palabra de Dios*” (Ro. 10:17). Lo que Moisés había escuchado de Dios era tan grande y tan glorioso que luego de sopesar las dos opciones, consideró que la mejor gloria que podía recibir era ser considerado hijo de Abraham que hijo de la hija del Faraón.

Los creyentes, aquellos que tienen la fe perseverante, siempre escogen lo mejor: “*para que aprobéis lo mejor, a fin de que seáis sinceros e irreprochables para el día de Cristo*” (Fil. 1:10).

Moisés no escogió identificarse con el pueblo Hebreo debido a un nacionalismo exacerbado en su edad madura, o, porque consideraba que éste era su pueblo; no, Moisés amaba a Dios y quería estar en todo lo que significara abrazar a Dios, de manera que siendo el pueblo de Israel el pueblo del Señor, entonces también era su pueblo. “El objeto de su elección era el Dios que había escogido a sus padres, el que les reveló Su gracia y verdad, y les mandó a caminar delante de él sin miedo; el Dios que no se avergüenza de ser llamado su Dios, y al que había sido dedicado en su infancia (Adolph Saphir)”³.

Esta clase de amor a Dios, que conduce a la persona a apreciar al pueblo de la promesa por encima de cualquier otro amor terreno, también fue manifestado por Rut la moabita. Ella abandonó a su propio pueblo y a su casa porque quería estar con los escogidos de Dios.

Ahora, dice nuestro autor sagrado que Moisés prefirió las mayores riquezas del *vituperio de Cristo y, el maltrato con el pueblo de Dios*. Vuelvo a insistir en el punto de “las aflicciones” porque hoy día estamos viviendo una clase de cristianismo que desprecia el

³ Pink, Arthur. An Exposition of Hebrews. Extraído de:

http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews_072.htm En. Septiembre 27 de 2011

sufrimiento y lo excluye de la vida cristiana. Pero cuando una iglesia no soporta ninguna clase de sufrimientos por la causa de Cristo, entonces podemos afirmar, con toda seguridad, que esa no es una verdadera iglesia, pues, Dios ha establecido que *“es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios”* (Hch. 14:22), además, si vivimos conforme a los principios de la Palabra de Dios sufriremos, necesariamente, persecución: *“Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución”* (2 Ti. 3:12).

¿Por qué la aflicción en este mundo? ¿Por qué la persecución? Pues, siendo que ahora somos hijos de Dios y hemos pasado de muerte a vida, entonces ya no somos de este mundo, ni le pertenecemos, ni nos identificamos con su sistema pervertido de valores; por eso el mundo nos odia y nos causa aflicción: *“Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo, pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece”* (Jn. 15:19).

Así que mientras estemos en este mundo sufriremos aflicción, pero estos sufrimientos nos llenan de gozo porque nos recuerdan que ahora pertenecemos a otra esfera, a la ciudad celestial, a la Santa Sión.

El verdadero creyente ama las cosas celestiales, y aunque puede disfrutar moderadamente de las cosas legítimas que pertenecen a este mundo, debe ser lo suficientemente sobrio como para rechazar aquellos goces que se oponen al reino de Dios.

“Las cosas materiales son trampas si se emplean sin moderación. Dios nos ha concedido permiso para “utilizar” las cosas de este mundo, pero ha prohibido el “abuso” de ellos (Y los que disfrutaban de este mundo, como si no lo disfrutasen; porque la apariencia de este mundo pasa. 1 Cor. 7:31).

Las bendiciones temporales se convierten en una maldición si ellas nos impiden el cumplimiento de nuestro deber. Debemos terminar con todo lo que nos impida tener comunión con los santos. La facilidad y la comodidad se hacen a un lado cuando nuestros hermanos están “en aflicción y sufrimiento” y necesitan una mano amiga. Por desgracia,

sólo Dios sabe cómo muchos cristianos han seguido disfrutando de los lujos de la vida, mientras que miles se quedaron sin suplir algunas de las necesidades básicas”⁴.

La frase “*los deleites temporales del pecado*” incluye a todo aquello que se convierte en un estorbo para la verdadera piedad. Las misericordias temporales que se manifiestan en comodidades son para que las disfrutemos con gratitud a Dios, pero solo hasta donde ellas nos permitan imitar el verdadero ejemplo de Cristo.

Lastimosamente un buen número de personas que dicen tener mucha fe están buscando de manera insistente su felicidad en las cosas de la carne, en vez de buscarlas en las cosas del Espíritu; pero esto es evidencia de que aún están muertos espiritualmente o siguen apegados a este mundo de pecado: “*Porque el ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz*” (Ro. 8:6). El mayor deleite y la mayor gloria que el cristiano debe buscar se encuentra en la comunión con Dios “*En tu presencia hay plenitud de gozo, delicias a tu diestra para siempre*” (Sal. 16:11).

El versículo 26 es una ampliación de lo que el autor dijo en los versos 24 y 25, en el cual se deja ver que la elección de Moisés fue *inteligente y fervorosa*. Su decisión no fue a la fuerza, sino alegre y resuelta. Él no abandonó los placeres egipcios para abrazar el Reino de Dios simplemente porque lo consideraba un deber, sino que de corazón sincero y con disposición gozosa prefirió a Cristo porque él le significaba más que todo lo que se encontraba en Egipto. Esto nos enseña que el cristiano, el que ha recibido la fe que viene del cielo, no obedece los mandatos de Cristo, no guarda el día del Señor, no trabaja en el Reino de Dios, simplemente por obediencia, de una manera fría y rutinaria, sino que se deleita en mortificar el pecado, se deleita en conocer más a su Señor, se goza en obedecer sus mandatos y estos no le parecen gravosos; anhela con ánimo presto la llegada del día del Señor (el domingo) para dedicárselo por completo; sufre las aflicciones por Su causa sin murmurar y está dispuesto a identificarse con el pueblo despreciado y sufriente.

El verdadero hombre de fe está invadido del amor de Cristo y tal como Moisés no puede ni quiere abstenerse de participar del sufrimiento que significa identificarse con él; el hombre

⁴ Ibid.

de fe puede decir con Pablo: “*por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias...*” (2 Cor. 12:10).

“*El vituperio de Cristo*” que Moisés quiso compartir se puede referir a varias cosas:

Primero, Cristo se identifica personalmente con su pueblo. Aunque él se encarnó y nació de mujer en el siglo I de nuestra era, mucho tiempo después de la vida de Moisés; no obstante, él como cabeza de la iglesia no solo llevó en su sombra protectora a los creyentes del Nuevo Testamento sino a todos los creyentes desde Adán y Eva, pues, todos formamos parte de la iglesia, que es el cuerpo de Cristo.

Segundo, siendo que los creyentes somos uno con Cristo, y él con nosotros forma lo que en teología llamamos el cuerpo místico, entonces, al estar unidos a él por medio de la fe, no solo tomamos su justicia perfecta sino sus sufrimientos, la humillación y la persecución.

Cuando los creyentes se unen a Cristo toman su nombre y se convierten en uno solo, así como el esposo y la esposa se convierten en una sola carne cuando se unen en matrimonio.

El autor de Hebreos quiere también resaltar que la Iglesia de Cristo es una sola y está compuesta por los creyentes del Antiguo y del Nuevo Testamento. Así como hoy día todos los creyentes son unidos a la iglesia, de la misma manera sucedía con los creyentes del antiguo Israel.

Nuestro hagiógrafo concluye esta sección de la fe de Moisés afirmando que él estuvo dispuesto a abandonar las glorias del mundo para cambiarlas por los vituperios de Cristo y los del pueblo, “*porque tenía puesta la mira en el galardón*”.

La fe perseverante tiene la capacidad de mirar más allá de lo aparente, y es hábil en determinar el verdadero y oculto valor de las cosas. Los hombres naturales consideran de gran valor las riquezas materiales, el buen nombre, las glorias del mundo, entre otras cosas. Pero el hombre de fe sabe que esto es pasajero y perece con el hombre mismo. En cambio, hay cosas que parecen insignificantes o despreciables para el hombre natural, pero que son de gran valor y riqueza para el hombre de fe. Moisés demostró esto al abandonar el palacio del Faraón y unirse a un pueblo de esclavos. Él pudo mirar, a través de la fe, cuál es la verdadera gloria y la verdadera riqueza, la cual no se encuentra en las cosas de este mundo.

Como ya hemos dicho en otros estudios de la carta a los Hebreos, la recompensa que buscaban los héroes de la fe no son las calles de oro de la Jerusalén Celestial, sino a Dios mismo. El máximo anhelo del alma regenerada es poder tener el eterno gozo de experimentar la bienaventuranza beatífica: *“Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios”* (Mt. 5:8).

Aunque es cierto que Dios recompensará con mayor gloria (representada por las coronas) a sus hijos fieles, no obstante, el premio anhelado por los hombres de fe, en la Biblia, es Cristo mismo; poder tenerlo a él y ser de él. El apóstol Pablo expresó esta preciosa verdad en los siguientes términos: *“Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo”* (Fil. 3:8).

“La fe se da cuenta de que la paz de la conciencia es mejor que una cuenta bancaria robusta, que la comunión con Dios es infinitamente preferible que los favores de un tribunal terreno. Moisés sabía que no sería un perdedor a causa de la elección que hizo: la fe se da cuenta de que nada está perdido. Aunque el nombre de Moisés fue eliminado de los registros de Egipto, se le ha otorgado un lugar destacado en las páginas imperecederas de las Sagradas Escrituras. Aquí se puede ver la gran diferencia entre los mundanos y los santos, estos últimos dan valor a las cosas a través de los ojos de la fe, mientras que los primeros miran a través del lente de la razón y los sentidos carnales corruptos. El mundano piensa que el verdadero cristiano actúa con locura, mientras que el cristiano sabe que la persona mundana está espiritualmente loca”⁵.

El ejemplo de Moisés expresa de manera clara lo que significa tener *“la certeza de lo que se espera, y la convicción de lo que no se ve”*. Él miraba las cosas de manera distinta a cómo las ve el hombre carnal o natural. Moisés sabía que sufrir el oprobio de Cristo no era una pérdida sino una ganancia de gloria eterna: *“Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas”* (2 Cor. 4:17-18).

⁵ Ibid.

Moisés también conocía lo que Pablo luego enseñara a la iglesia, que no participaremos de la gloria de Cristo a menos que suframos su oprobio: *“Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados. Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse”* (Ro. 8:17-18).

Aplicaciones:

- La fe Moisés, que fue capaz de abandonar los placeres mundanos por amor a Cristo, condena la práctica de muchas personas, las cuales ocupan toda su vida en codiciar, desear y buscar los deleites del mundo, sin tener en cuenta los intereses eternos. Ellos están convencidos que pueden pasar toda su vida disfrutando de este mundo, y que al final de sus vidas, en el último momento, pueden clamar a Dios por misericordia y todo estará bien. Pero estas personas se engañan terriblemente a sí mismas al no ver que la vida eterna incluye también recompensas, que es nuestro deber trabajar en las obras de piedad en esta vida, que todos los días debemos estar luchando contra el pecado, y debemos estar viviendo para Dios: *“Que, librados de nuestros enemigos, sin temor le serviríamos en santidad y justicia delante de él, todos nuestros días”* (Lc. 1:74-75). Pidamos a Dios tenga misericordia de nosotros y nos conceda la vista espiritual, de manera que podamos ver todas las cosas en su real proporción. Pues, solo así podremos apreciar de corazón la vida de entrega a Cristo, la vida de santidad, apartándonos de los deseos mundanos y dedicándonos a vivir para Su gloria.

- Hermanos, la salvación es por gracia, sin necesidad de obras. Esta es una verdad medular en las Sagradas Escrituras. Pero que esta doctrina no nos lleve a olvidarnos de la importancia de las obras piadosas que deben caracterizar al verdadero creyente. La salvación es un regalo, pero también incluye recompensas, y estas recompensas, aunque también son dadas por gracia, forman parte del trabajo de la gracia en nosotros. La gracia de Dios nos alienta para que trabajemos por esa recompensa, la cual nos vendrá como resultado del amor hacia Cristo y hacia su reino.